

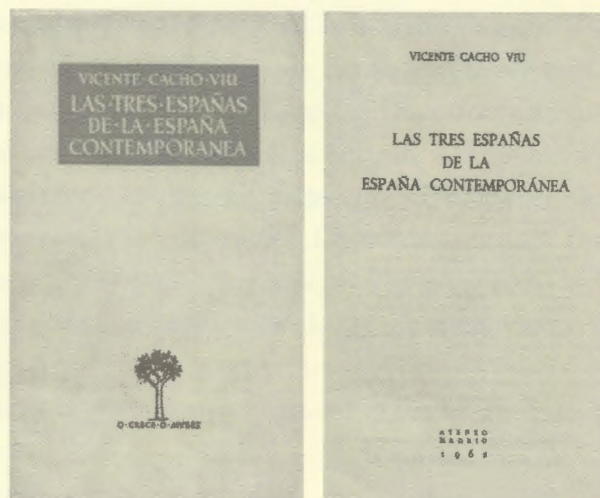
Amigo y maestro

FEDERICO YSART ALCOVER

No recuerdo el día, pero sí que fue en el otoño de 1963, cuando subí una a una las escaleras interiores del Ateneo de Madrid, en la calle del Prado, para encontrarme con Vicente. Estaba instalado en lo más alto del viejo caserón, en "el palomar", decía. Con el tiempo, le vi hacer lo mismo en el Ateneo de Barcelona y en la Fundación Ortega y Gasset de Madrid. Le gustaban las alturas, o quizá era la luz.

Recibió al joven estudiante de Periodismo de la Universidad de Navarra con la familiaridad de conocerse de toda la vida. No en balde habían compartido períodos de estancia en el mismo Colegio Mayor durante un par de años en Pamplona, donde Vicente dictaba sus clases de Historia Contemporánea. Pero ahora se reunían en Madrid, en su estudio de investigador.

El futuro periodista quería comenzar ya la tesina de final de carrera. Le gustaba la política, y saber qué había hecho su país para caer en el abismo de una guerra civil concluida veinticuatro años atrás tan sólo. Había leído como pudo todo lo publicado en París por Ruedo Ibérico, y en Argentina o México por el Fondo de Cultura Económica, EMC, etc. Y también en Madrid. Pero no acababa de comprender las causas de "la guerra de los tres franciscos" –Giner de los Ríos, Largo Caballero y Franco Bahamonde– de la que el profesor Cacho había hablado el año anterior, en una conferencia que pronunció en el Ateneo bajo el título "Las tres Españas de la España contemporánea".



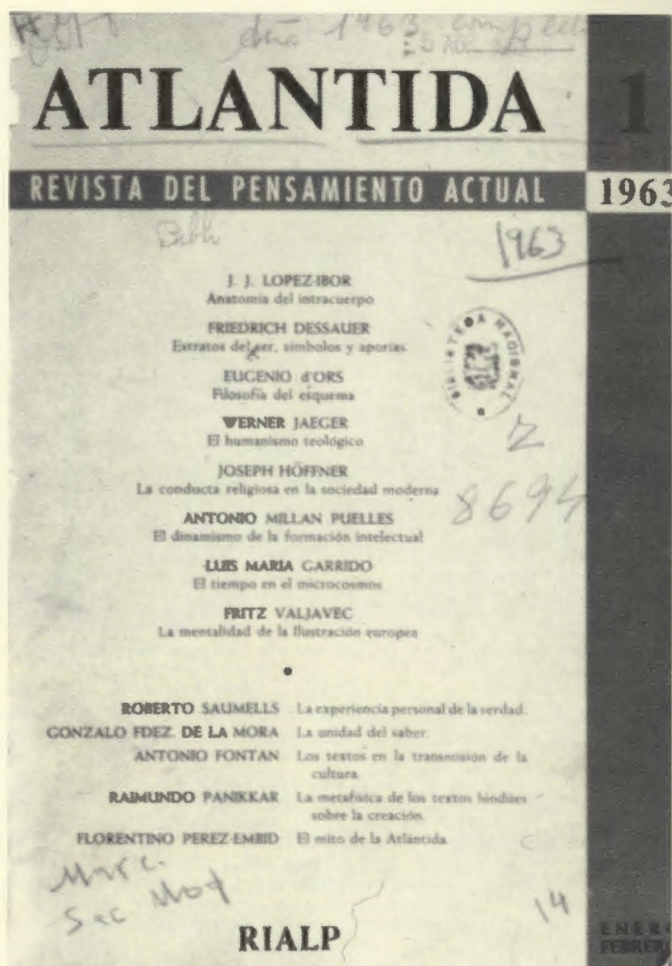


El autor de estas líneas, cuando colaboraba con Vicente y Florentino.

Vicente sabía ya todo sobre el primero, Giner. En "el palomar" guardaba las fichas en que había ido recogiendo con minuciosidad de entomólogo la historia de la España en que nació la Institución Libre de Enseñanza, su primera obra señera. Un socio numerario del Opus Dei participó así, de forma destacada, en el restablecimiento de los cimientos culturales de una sociedad aconfesional como la que se reconoció en la Constitución de 1978. Una sociedad abierta para que cualquiera, y él el primero, pudiera ejercer su derecho a la libre expresión.

Tampoco recuerdo con precisión las razones por las que aquella tesina se centró en la figura de Luis Araquistáin, uno de los intelectuales sobresalientes del socialismo español en la segunda y tercera décadas del pasado siglo y mentor de la radicalización política de Largo Caballero. Pero sí tengo por seguro que sin la capacidad de contagio de aquella rara vitalidad que de Vicente emanaba a todas horas, por encima de las volutas de humo de Ducados y luego Habanos, el joven aspirante a la licenciatura no habría podido digerir en pocos meses las colecciones de *El Sol*, *España* y *Leviatán*, publicaciones en las que Araquistáin dejó grabada las evoluciones de su perfil ideológico. Otros veintitantos años después de aquellas lecturas, ya recuperada la libertad, Vicente volvería a sorprender a su discípulo votando a los socialistas de forma consistente. "Hay que ayudarles, son importantes para el país".

Cuando le conocí, le molestaba la repercusión que había producido en la imagen de la Obra la incorporación de algunos de sus socios al gobierno de Franco, el último de los tres franciscos. Creo que para su propia tranquilidad, la autocracia era un mero dato histórico, se impuso la disciplina de contemplar los pequeños acontecimientos políticos de entonces como un espectador, y no demasiado curioso, se sitúa ante una



pecera. Y como si dentro de una pecera estuvieran, siguió contemplando los movimientos de los agentes políticos años después; siempre desde fuera.

De la curiosidad intelectual y los deberes académicos que nos unieron en un principio, pasamos a la colaboración. Y así "heredé" el único asentamiento en que vi a Vicente a ras de suelo. O, por mejor decir, en el subsuelo: el despacho que tuvo en la calle Preciados de Madrid, como secretario de redacción de la revista *Atlántida*, una de las tantas iniciativas culturales de Pérez-Embid. En él quedé instalado y continué sus actividades cuando Vicente dejó Madrid para explicar *Historia Contemporánea* en Navarra. Había cambiado la luz cegadora en los días claros de "el palomar" por el encanto singular de una bodega abovedada, de ladrillo y cal, tan característica del viejo Madrid. Un gusto estético quizá afianzado al frente de la Sala de Exposiciones del Ateneo, elegante y austero, casi conventual, singularizaba otra de las dimensiones humanas de aquel maestro, pulcro siempre y de memoria admirable.

Habiéndole conocido tan de cerca, las dificultades con que tropezó en su primera llegada a la Universidad de Barcelona me mostraron, y es de esas cosas que no se olvidan, el peligro que los estereotipos encierran.

Probablemente ni en la misma Cataluña de aquellos años, comienzos de los setenta, existía un estudioso más aplicado del renacimiento catalán de finales del XIX y principios del XX. No era suficiente; era un madrileño del Opus. Sus raíces pirineicas, la admiración confesa por aquella sociedad y su demostrado talante liberal no fueron credenciales suficientes en un principio. Saltó sobre todo con la naturalidad de quien superaba un fin de semana cualquiera los riscos de Peñalara o las Dos Hermanas. Naturalmente, el reconocimiento acabó llegando.

Siempre aprendías de él. Una excursión por la sierra madrileña, por Toledo o por donde fuera era mucho más que una diversión. Era convivir con un amigo que desbordaba cultura, inteligencia crítica y buen humor.

–“Vicente, qué grande eres” .

–“Menos coñas, Federico”.

Y entre el magisterio, la colaboración y una estrecha amistad, familiar diría, no hubo solución de continuidad. Siempre admiré el cuidado que dispensaba a su madre y hermana, visitadas puntualmente en su casa de Argüelles. Tanto como el cariño que volcó en la mía con Consuelo y los niños. El mayor guarda un pequeño manuscrito del "tío Vicente". Está en la página de respeto de su obra sobre la Institución. Una letra pequeña y puntiaguda dice: “Para Federico Ysart y Álvarez de Toledo que, cuando sea mayor, a lo mejor echará una ojeada a estas páginas de un viejo, Vicente Cacho Viu.”

Madrid, 31 de enero de 2003